



CAPÍTULO XIII

Alemania y Turquía

Al movimiento hácia la unidad general en el siglo XV, habia contribuido tambien la Alemania, y si no una monarquía, obtuvo una federacion de formas estables. El tratado de Westfalia, pues, asegurando los derechos violados, primero por Carlos V en la guerra de Sajonia y despues por Fernando II en la de los Treinta Años, era el triunfo del imperio sobre el emperador, pues aquél quedaba casi independiente de éste, y cada uno de sus infinitos estados aislado en una soberanía reconocida. Además sesancionó la desconfianza, se engrandecieron los principados protestantes con la secularizacion de las propiedades eclesiásticas, y se puso la independencía de sus varios miembros bajo la salvaguardia y la proteccion de Francia y Suecia; intervencion funesta que expuso al país á las intrigas exteriores, y le arrastró á guerras extrañas á los intereses nacionales.

Más de trescientas cincuenta soberanías comprendia entonces el imperio, distintas en especie y grandeza, feudales, eclesiásticas, municipales, protestantes y católicas; cincuenta estaban regidas por electores, duques, condes, landgraves y burgraves; ciento veintitres por arzobispos, obispos, abades, grandes maestres, priores y abadesas, sin contar mil quinientas tierras inmediatas, comprendidas en los catorce cantones ecuestres. De los países inmediatos, doscientos noventa y seis eran estados de imperio, partícipes de la soberanía.

Se redujeron á sesenta y dos las ochenta y cinco ciudades del imperio, gobernadas de un mismo modo, que habian florecido uniéndose, por lo que se decia: «Un rey de Escocia se daría por muy satisfecho con tener una casa como la de un habitante de Nuremberg, cuando Estrasburgo y Aquisgran armaban veinte mil soldados. Pero á la sazón yacían muchas arruinadas y todas deterioradas; las anseáticas habian hecho presente su imposibilidad de contribuir á los gastos de la alianza, y algunas de ellas se sometieron á los príncipes, otras vegetaban en su libre estado, sin poder recuperar su antiguo lustre, en detrimento de la autoridad imperial, cuyo principal sosten eran las libres.

El emperador Maximiliano llamaba al Rhin la «calle de los clérigos», porque en sus riberas estaban los principados eclesiásticos, entre los que aún sobresalian los electores de Colonia y Maguncia, y despues el de Tréveris; el arzobispo de Salzburgo poseia uno de los más vastos territorios, y contribuía al ejército con sesenta caballeros y doscientos setenta y siete infantes como los electores; el obispo de Munster podia levantar hasta veinte mil para sus guerras particulares; los de Würzburgo, Bamberg, Lieja, Paderbon é Hildesheim, de cinco mil á diez mil: añádanse á éstas el gran maestro de la Orden Teutónica, y los cuatro abades de Fulda, Kempten, Murbach y Weissemburgo, dependientes del trono.

El subsidio que se pagaba al emperador con

el nombre de *enviaños romanos*, porque se repartía segun las fuerzas que cada cual debia suministrar al emperador cuando pasaba á Italia á coronarse, fué injusto desde que se alteraron las proporciones. Los cuarenta mil hombres que tenía el emperador, con un general católico y otro protestante, se reclutaban de una manera absurda; algunos condados ó principados de Suabia y Franconia daban un solo hombre, y otros un teniente sin soldados ó un tambor; se destinaban á la guerra los caballos que no servían para el trabajo.

La superioridad de la casa de Austria, que unió á la corona imperial el archiducado, la Estiria, la Carniola y la Bohemia, fué contrastada, rodeándola de pequeños principados celosos. De la casa Palatina, una rama poseía el Palatinado, otra la Baviera, y al fin esta casa consiguió adquirir la dignidad electoral, además del dictado de protectora de los principados eclesiásticos que hizo patrimonio de sus hijos menores. Figuraban en primera línea entre los protestantes las casas electorales de Sajonia y Brandeburgo; y esta última, que no tardó en rehacerse de sus pérdidas, tocaba á una inminente grandeza. Ocupaban un puesto más inferior las de Brunswick, Luneburgo, Wurtemberg, Hesse, Hostein, Baden y Mecklemburgo.

El derecho de poder aliarse unas con otras ó con el extranjero, contribuyó á que los poderosos absorbiesen á los que no lo eran; el obispo de Munster, de acuerdo con el de Austria, sometió á su ciudad; el de Maguncia, apoyado por los franceses, ocupó á Erfurt; y los condes de Brunswick á la ciudad de este nombre; la casa de Brandeburgo privó de su independencía á la de Magdeburgo; y todos, recordando á Carlos V y la intolerancia de Fernando I, consideraban á Francia como el único apoyo contra la tiranía.

El ser reconocidos los derechos de los diferentes estados, hacia que se ejerciesen con mayor libertad. Los príncipes, orgullosos con la soberanía territorial, querían desplegar un fausto régio á pesar de la miseria del país. Habiendo establecido la dieta de 1653 que los vasallos y los súbditos de los Estados contribuye en al

sostenimiento del ejército y de las fortalezas para defensa del imperio, los príncipes se atribuyeron la prerrogativa de imponer contribuciones sin el consentimiento de los Estados respectivos. Así era, que gravaban á los súbditos, á quienes impuso la dieta de Ratisbona la obligacion de conformarse con los tratados y las ligas que cada príncipe tuviese á bien formar, y que ni la cámara ó el consejo áulico pudiesen dar cuenta de sus reclamaciones. Entonces las propiedades no podían decirse absolutas, porque los príncipes añadian á sus antiguos derechos señoriales, nuevas cargas para sostener el ruinoso lujo de la corte.

Los más juiciosos de éstos trataron de restaurar los olvidados principios de moral y la descuidada instruccion. Los terrenos comprados á bajo precio y puestos en cultivo, proporcionaban comodidades y aumentaban la poblacion. La nobleza guerrera, que habia sobrevivido en aquel país más que en otras partes, se dedicó exclusivamente á buscar el brillo de las cortes, ó á pasar la vida en los ociosos castillos, ó á estudiar los modales extranjeros; la lengua nativa era considerada como vil, y el lujo era ruinoso, porque todo se llevaba de fuera.

El hallarse determinadas las relaciones de los Estados hasta en sus más pequeñas particularidades, hizo que las formalidades tuviesen suma importancia para la nacion alemana y para sus hombres públicos; y todo tomó un giro justo, pero lento y cansado. Extinguido el sentimiento nacional que en las grandes monarquías anima á los aristócratas, todos los Estados querían ser imagen del imperio; de suerte, que en vez de una nobleza dispuesta á hacer sacrificios gloriosos, se presentó otra, no libertina como en Francia, ni comerciante como en Inglaterra, sino cortesana, política é idólatra de las formalidades; el espíritu militar sólo se conservó en Austria y en Hungría por la guerra con los turcos, y en Brunswick por las combinaciones.

El jefe de Alemania, emperador romano, siempre augusto y con otras cualidades que nunca ha tenido más que de nombre, se hallaba reducido á muy pocas prerrogativas, como la de conferir títulos de nobleza; los verdade-



ros derechos de soberano, es decir, los asuntos relativos á la legislacion, la paz, la guerra y la administracion general, no podia ejercerlos sino de acuerdo con los Estados. La alta inspeccion de los tribunales del imperio se habia abolido por la costumbre; el arzobispo de Maguncia, como gran canciller, tenia el derecho de nombrar el vice-canciller, sin el cual nada podia hacer el emperador.

La Dieta tenia la autoridad suprema, y podian tomar parte en ella todos los Estados, débiles ó fuertes, divididos en tres colegios: de electores, de príncipes, de ciudades. A los siete electores se habian añadido los de Baviera y de Hannover, y luego fué reunido al Palatino. Estos elegian el emperador, y le daban las condiciones; el emperador tenia obligacion de consultarles; pero ellos podian reunirse sin él y deliberar acerca de los negocios públicos; los reyes los trataban de hermanos, y el emperador de tios y sobrinos. Cuarenta y seis eran los príncipes que formaban el segundo colegio, repartidos en clases, y con diversos votos, unos personales, otros colectivos, y otros que representaban más de uno. Suecia tenia tres, Brandeburgo cinco, y los condes inmediatos juntos, sólo tenian uno. En el siglo siguiente llegaban á ciento los príncipes que votaban, no por sus prerogativas personales como antiguamente, sino con arreglo á los territorios que poseian, á fin de que los emperadores no dispusiesen de demasiado número de votos, elevando á sus protegidos á Estados del imperio. De éstos, los reyes de Dinamarca y de Suecia tenian un voto cada uno, siete el de Prusia, seis el de Inglaterra por el Hannover, y tres el archiduque de Austria. La nobleza inmediata ó caballeros del imperio, no formaban parte de la Dieta, sino que dependian solamente del emperador. En el tercer colegio estaban comprendidas cincuenta y una ciudades imperiales, divididas en dos bancos, el del Rhin y el de Suabia; y despues de haber sido tan poderosas en la edad media, habian decaido y eran dominadas por la aristocracia. Cada uno de los tres colegios tenia Asambleas distintas, y se decidian las cuestiones por mayoría de votos. Si sus resoluciones eran aprobadas (*placitum*), lle-

gaban á ser decretos (*conclusum*) despues de confirmadas por el emperador. Las deliberaciones de la Dieta se tomaban á mayoría de votos.

Este orden sólo se seguia en las dietas generales, presididas por el emperador: cuando éste las reunió en Rastisbona para pedir subsidios contra los turcos, los estados se negaron á una avenencia, mientras no se resolviesen las cuestiones que habian quedado pendientes en el tratado de Westfalia. Por tanto, la dieta se prorogó, convirtiéndose en representativa, hallándose compuesta de diputados de varias clases, que asistian veinticuatro dias cada seis meses, y que eran representados por otros. Éste fué un cambio esencial en la constitucion, porque el emperador no podia ya por medio de la disolucion suspender las discusiones peligrosas, ni los diputados tomar resolucion alguna sin conocimiento de sus comitentes. Convertida la dieta en permanente, no fué ya el gran consejo de la nacion, sino un congreso de príncipes y estados del imperio. Temiendo los protestantes que los católicos se pusiesen de acuerdo acerca de algunas proposiciones relativas á la religion, formaron un *corpo evangélico*, que deliberaba separadamente de los intereses de los correligionarios, lo cual era un nuevo medio de hacer la oposicion al emperador.

No reprobamos nosotros aquella atencion hacia los intereses públicos, aquella vigilancia contra las inminentes usurpaciones; pero se conoce fácilmente que las decisiones debian ser en extremo lentas, que dejaban campo abierto á las intrigas de las córtes extranjeras, y que eran un obstáculo para ver las cosas en conjunto. En efecto, el mismo año precisamente en que se hizo permanente la dieta, penetraron los turcos en Moravia, y aquella empleó un año en resolver acerca del orden en las deliberaciones. El carácter de aquel cuerpo era una gran indolencia en los grandes asuntos, una gravedad pesada, una formalidad incansable en los asuntos pequeños, y una pretenciosa futilidad unida á una extrema impericia; era eterna en sus pleitos, que con frecuencia no se sustanciaban en dos generaciones de jueces; frívola en los debates, pues se acaloraba en ellos sobre si el embajador de tal príncipe debia tener bancos



rojos, si la librea de sus criados habia de ser semejante á la de los electores, y cuántos *etcéteras* habia de añadir á sus títulos. Pretensiones insignificantes ocasionaban contiendas y hasta batallas, siempre en perjuicio de los débiles. Las envidias y las disensiones dividian interiormente el colegio de los electores del de los príncipes; en este último, los antiguos, estaban en pugna con los nuevos; los miembros eclesiásticos con los seglares y con los obispos protestantes; los que gozaban del voto viril contra los que sólo le tenian curial, y el cuerpo evangélico contra los católicos.

Del mismo modo que las intrigas diplomáticas se abrogaban en el exterior la autoridad legislativa, así la dieta se las atribuia en el interior. Los dos tribunales supremos de la cámara imperial, establecida en Wezlar, cerca del emperador, resolvian las diferencias que surgian entre los estados del imperio, y podian, aun en causas civiles, reformar las sentencias de los príncipes que no disfrutasen del privilegio *de non appellando*. Sus derechos estaban reducidos á la nada; sin embargo, los pequeños estados encontraban en las asambleas y en los tribunales proteccion contra las arbitrariedades de los vecinos poderosos, y los súbditos contra las de los señores. Pero cuando los gobiernos particulares oprimian á sus súbditos, éstos no podian esperar justicia, ni de la dieta, de que eran miembros los usurpadores, ni de la cámara imperial, compuesta de jueces pagados por aquéllos.

La religion seguia siendo un pretexto para cometer excesos y violencias, pues se desconocia aun la tolerancia práctica; era difícil impedir las faltas de respecto en unas iglesias que servian alternativamente para ambos cultos, y cualquier acto de desprecio heria profundamente los ánimos, que ya estaban prevenidos; la envidia exageraba las consecuencias de los actos de los príncipes católicos, y denigraba sus intenciones; desgraciado del príncipe que se hacia católico como el elector de Sajonia; por una cosa insignificante se amotinó dos veces la ciudad de Hamburgo; y se acudia en queja á las grandes potencias, y éstas solian enviar embajadores, protocolos y amenazas.

Hubo otra secta religiosa que adquirió gran-

de importancia, la de los hermanos Moravos que habiendo salido de Bohemia despues de la batalla de Praga, permanecieron ocultos. Juan Amos, llamado Comenio, nombre del pueblo de su nacimiento (1592-1671), reunió en Lissa á sus correligionarios, y fué su último obispo; su *Janna linguarum reserata*, traducida á doce lenguas europeas, fué por espacio de muchos años el manual de los elementos de lengua latina. Despues de su muerte se extendieron por Lusacia, Sajonia y Franconia, y construyeron algunas aldeas, siendo católicos en apariencia, pero reuniéndose para comulgar bajo las dos especies.

Cansados de aquella vida oscura y equívoca, levantaron la cabeza, y Cristiano David, su jefe, pidió asilo á Nicolás Luis, conde de Zinzendorf, hijo de una antigua familia austriaca, el cual, despues de haber hecho sus estudios en Halle, centro del pietismo, donde se habia apasionado de la teosofía, vivia por motivos de religion en la Alta Lusacia. Nicolás fundó, en union de Federico de Walteville, la Orden de Grano de mostaza (*Senfthorn-orden*) para enviar misioneros á convertir paganos, y entonces acogió á los Moravos en la colonia de Herrnhut, de donde tomaron el nombre de Hernutienses. Viendo que se promovian disputas sobre religion, las cortó formando unos estatutos, cuyo fundamento es que los Regenerados (*die Erweckten*) de Herrnhut deben estar en continua armonía con sus hermanos y con todos los hijos de Dios de cualquier religion que sean, sin disputar nunca; pero conservando la pureza, la sencillez y la gracia evangélica.

Doce ancianos con él y con Walteville trataban del bien comun, pasaban algunas *vigilias* la noche entera rezando, y se unian *grupos* de dos ó cuatro hermanos ó hermanas para conversar acerca del alma, y otros de veinticuatro ó más pasaban orando veinticuatro horas seguidas, y renovaron las agapes de los primitivos cristianos. En su protestantismo, igual al de los luteranos y calvinistas, el único dogma importante era el de la redencion; segun ellos, el único jefe de la sociedad era el Redentor, el cual, por medio de la suerte, designaba sus vicarios.



Zinzendorf al principio se hizo ordenar decano de todas las comunidades moravas; dignidad que dejó para pasar á Pensilvania de simple ministro luterano. Publicó muchas obras para sus discípulos, y creía que el lenguaje místico autorizaba á emitir nuevos dogmas sobre la Trinidad y tener una claridad cínica acerca de las relaciones de los dos sexos. Por eso tanto él como su sociedad fueron tachados de criminales; pero en las dos veces que el gobierno sajón envió á hacerle una visita, nada encontró de vicioso. Componíase la sociedad de labradores y operarios en extremo astutos, pero probos, que vivían con arreglo á una estrecha regla religiosa y civil, y que si bien no tenían comunidad de bienes, daban gran importancia á la suerte como expresion de la voluntad de Dios, hasta el punto de arreglar por medio de ella sus casamientos.

Propagáronse mucho en Alemania, Suiza, Holanda y América; predicaron en Groenlandia y la Laponia, y es sobremanera ensalzada la educacion moral que se daba en sus escuelas. Están íntimamente unidos á sus superiores en religion, á quienes obedecen ciegamente, porque no les mandan nada que no sea justo, y viven en comunidad en grandes edificios, teniendo cada uno un oficio, cuyas ganancias quedan á beneficio del comun. La edad es la única jerarquía; cada casa tiene muchos *coros* de hombres, de mujeres, de viudas, de muchachos y de doncellas; los niños se reúnen en comunidad. La devocion á Jesús es su culto; la llaga del costado, el símbolo expreso para todo; las doncellas son esposas del Redentor; y aquel misticismo sofoca las envidias y las ambiciones, que corrompen las otras sociedades.

El pensamiento se robusteció en Alemania, lanzándose con Kepler á señalar las leyes de la naturaleza, con Otton Guerrick á buscar el vacío, con Hevelius y Stahl á ensanchar las matemáticas y la química, con Goldast, Conring, Schilter y Moldof á ilustrar las antigüedades pátrias, con Grocio, Leibniz, Wolf y Tommasio á fecundar la filosofía. Pero casi todos escribían en latín; los prosistas eran oscuros y bárbaros, estaban atestados de citas y alusiones, y desconocían la belleza del estilo. La multitud de

academias que se formaron, á imitacion de las italianas, favorecían un falso gusto convencional, en vez de dar impulso al idioma de la nacion. El triste influjo de la reforma en las imaginaciones, se dejaba sentir en la falta de poesías. Muerta aquella literatura ingénuu que jamás cree ponerse en ridículo, la substituyó otra, hija de la crítica, que creció con la crítica, y que abandonando las grandes tradiciones de la edad media, se hizo calculadora; era jóven, y sin embargo llevaba en su semblante las arrugas de la vejez. Se dedicaron muchos á ella, especialmente en la Silesia; pero eran incapaces de crear, y poniendo todo su orgullo en seguir bien las huellas ajenas, prefirieron acudir al parnaso latino y griego, á dedicarse á los recuerdos de su patria. El Brochen se cambió en el Piñdo, el Rhin en Hipocrene, el emperador en Apolo; cantaron á nuevos Martes, nuevos Mecenas y nuevos Alcides, cosiendo frases de Horacio y de Píndaro en su blandran á la alemana, é hicieron danzar á las Horas con tupé al rededor de un Febo con jubon y peluca.

Separaremos de aquella multitud á Pablo Schedius, que á los veintidos años fué coronado como poeta en Viena, y escribió generalmente en latín adulando á los príncipes; y á Pedro Danesio, cuyas canciones muestran imaginacion, aunque sofocada por los ejemplos antiguos. Rodulfo Weckerlin se permitió algunas libertades, sacándolas, sin embargo, no de la naturaleza ni de su propio ingenio, sino de los franceses y de los ingleses. «Si la poesía es el lenguaje de los dioses, el poeta que quiera escribir con gracia y elegancia, ¿puede hacer nada mejor que imitar el lenguaje de los dioses de la tierra, es decir, de los grandes, de los sabios, de los príncipes, de los magnates?» Esto decia, y por lo mismo escribía en lengua cortesana, y por esta causa no agradó á sus contemporáneos ni adquirió nombre duradero. Fueron jesuitas Jacobo Balde, que escribió poesías latinas que Herder no se desdeñó de traducir de aleman por la energía con que lamenta los males de su patria; Federico Spee, que escribió en lengua nativa cantos religiosos que no carecen de belleza, y Jacobo Masenia, profesor de Colonia, que publicó un curso de retórica (*Pa-*



lestra eloquentia ligata) con varias composiciones, de que hemos hablado ligeramente al tratar de Milton.

Más fama que los anteriores consiguieron Flemming, Grifio y Opitz, ornamento de la que llaman *primera escuela* de Silesia. Pablo Flemming, sajón que viajó mucho tiempo por Persia y Rusia, pintó en sus canciones las cosas que habia visto con cierta viveza oriental, rara en un tiempo en que la lengua vacilaba entre el francés y el italiano; pero fué conceptuoso, enfermedad de que entonces adolecían todas las literaturas de Europa, é hizo algunos dramas sin talento. También los hicieron Lohenstein y el aleman Marini, tachado de prolijo hasta por sus compatriotas. Era discípulo de Andres Grifio, el cual dirigió sus sátiras contra los capitanes que despues de la guerra de los treinta años andaban por las montañas; y lo mismo éste que Lohenstein no evitan las pinturas repugnantes, cuando las creen á propósito para mover á piedad ó causar terror; mezclan lo grandioso con lo trivial, y toman lo horrible por trágico, y la declamacion por magnificencia.

Martin Opitz fué llamado padre de la poesía, y mejor podria llamársele padre del estilo poético. Fué semejante al Malherbe de los franceses; pero á pesar de su poca inventiva, tenia un gran sentimiento del estilo; ponía suma atencion en corregir su lenguaje, de suerte que pocas palabras de las usadas por él han envejecido; en su *Prosodia* reveló á los alemanes el poder de su idioma, el valor de las sílabas, su justa medida y su entonacion; varió sobre manera las frases, y lo dijo todo con arte y sin afectacion; pero substituyó la elegancia de la forma á la valentía y á la inspiracion. Sus panegiristas se limitan á alabar su poderoso estilo. Tradujo la *Dafne* de Rinnucini, y con la *Elena y París* dió á aquella nacion el primer drama músico. Betlem Gabor quiso que fuese profesor en Wissemburgo; Uladislaw VII de Polonia, su historiógrafo y secretario particular, el emperador Fernando II le puso en la cabeza el laurel poético; viajó mucho, y la peste cortó su vida de Danzick. Entre sus innumerables imitadores, haremos mencion solamente de los

sátricos Juan Guillermo Laurenberg y Joaquin Rachel; el primero usó el bajo aleman, abandonado por los escritores, como más á propósito para zaherir con viveza á su siglo; el otro imitó á Juvenal y á Persio, pero más en su incorrecta viveza que en su vigor. Cristiano Hoffman trató de formar una escuela diferente; pero al paso que Opitz se habia conservado aleman, él se inclinó á los extranjeros, especialmente hácia los italianos, y al traducir el *Pastor fido* exageró sus defectos.

Al decaer la literatura alemana, nació otra próxima, la húngara, que produjo muchos dramas, tomando sus argumentos de los reyes antiguos ó de la mitología pagana, y los poetas eran protegidos por los magnates, que eran muy respetados del pueblo. Zrini, hombre erudito y de gran imaginacion, compuso el bello poema épico la *Zriniada*, en el que tuvo que luchar con una lengua poco trabajada para esta clase de composiciones, y hasta despues de su muerte no fué comprendido ni se le tomó por modelo; pero nadie le igualó, ni aun Lestry, que cantó la batalla de Moachz.

En consecuencia, la Alemania, que desde el tiempo de Carlo-Magno habia sido la primera nacion del mundo, bajó hasta el nivel de las demas, siendo con frecuencia más bien humillada que victoriosa, así como también débil en su política y tarda en sus resoluciones; y su augusto título imperial llegó á ser herencia de una familia. Despues de becha la paz, el emperador, la Suecia y el Hesse conservaron su ejército, que fué el primero de tropas permanentes en aquel país. Fernando III sobrevivió nueve años, pero en la postracion en que le dejó la guerra no pudo mostrar otra virtud más que la paciencia. Al hacer hereditaria en los austriacos la corona de San Estéban, halló siempre opuestos á los húngaros; no obstante, los indujo á elegir á Leopoldo, su hijo; para dar á éste el título de rey de romanos, le costó gran trabajo allanar las cuestiones de fórmula y precedencia entre los príncipes del imperio, y murió ántes de conseguirlo.

Quince meses y medio estuvo vacante el imperio, porque Mazarino le solicitaba para Luis XIV, y cuando perdió la esperanza de conseguirle se